

LESLIE HOWARD



Secretos

MARY PICKFORD

EDICIONES BISTAGNE

SECRETOS

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

SECRETOS

Sentimental producción escrita por FRANCIS MARION basada
en la obra de RUDOLF F. BERGER
y MARY EDINGTON

Dirigida por
FRANK BORZAGE

Es un film de la famosa marca
UNITED ARTISTS

Distribuido por
LOS ARTISTAS ASOCIADOS
Rambla de Cataluña, 60 y 62
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Intérpretes

MARY PICKFORD
LESLIE HOWARD
Aubrey Smith
Blanche Frederichi
Doris Lloyd
Ned Sparks
Mona Maris
Huntley Gordon
Ethel Clayton
Bessie Barriscale
Theodor von Eltz

Secretos

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Un coche iba por tierras norteamericanas en aquella época en que no existía aún el automóvil.

Era la primavera. Primavera bendita en aquel hermoso mundo donde la naturaleza triunfaba aún plenamente, ofreciendo a los ojos humanos los cuadros incomparables de sus bosques, de sus valles, de sus rosaledas.

¡Felices y sencillos tiempos aquellos en que la velocidad máxima la alcanzaba el caballo y en que

no había que temer la amenaza de los vehículos de motor!

En el coche iban una joven y una señora de edad.

Eran madre e hija. La señora de Marlowe y su hija Mary.

Habían dejado su hermosa residencia, famosa en toda la comarca por sus incomparables jardines, y se dirigían a las oficinas del señor Marlowe.

La señora hacía cálculos:

—Flores, buena comida, música,

champaña, todo para unas cincuenta personas, costará mucho dinero y ya sabes lo difícil que es sacárselo a tu padre.

Pero Mary no prestaba atención.

—¿Es que no te interesa?—preguntó la señora de Marlowe.

—Si he de decirte la verdad, no me interesa lo más mínimo.

—¿No te interesa tu fiesta de esponsales?

—Y menos aún mi prometido.

—¡Qué poca cabeza tienes! Está ya todo arreglado.

—Mejor. No me casaré con lord Hurley.

—Te casarás con él. Tu padre y yo lo hemos convenido.

—Pero yo no he entrado en el convenio.

—Calla. Tu imprudencia me ha producido dolor de cabeza.

Apoyó la frente en la mano. A la señora de Marlowe le dolía la cabeza por menos de nada. Y el dolor era insoportable cada vez que su hija se negaba a aceptar a aquel marido tan conveniente. Porque lord Hurley, además de ser un aristócrata, tenía más libras esterlinas que pelos en la cabeza.

El traqueteo del coche comenzó a sumir a la señora de Marlowe en

un dulce sopor que Mary aprovechó sin pérdida de tiempo.

Porque Mary, cuando se distraía mientras su madre le hablaba, era porque tenía motivos para distraerse.

Un joven montado en bicicleta, en una de aquellas bicicletas antiguas que tenían una de las ruedas tan grande como la de un coche y la otra tan pequeña como un plato, seguía al coche desde hacía un buen rato.

El semblante del ciclista irradiaba simpatía. Tenía los ojos azules, el cabello rubio y ondulado. No cesaba de sonreír.

Era evidente que Mary le había producido profunda impresión. Y como la audacia suele ser compañera inseparable de la juventud, había amoldado la marcha de la bicicleta a la del coche y había hecho a Mary un gran saludo.

¿Había dado Mary motivo para ello? Evidentemente. Aquella distracción mientras su madre le hablaba no tenía más motivo que el juego de miradas que estaba dedicando al joven, en justa correspondencia a las que él le dirigía.

¿Iba a hablarle el vehemente adorador? Sin duda. Pero ella le

detuvo con un gesto haciéndole ver el peligro que representaba aquellas extralimitaciones al lado de su madre.

Entonces él empezó a hablarle por señas, indicándole que tenía una avispa en el sombrero, y ella a hacerse la interesante. Le bastaba ladear un poco la cabeza para que su rostro desapareciera tras el ala del gran sombrero.

Con estos coqueteos, con este tira y afloja, no consiguió sino exacerbar la repentina pasión del joven, al que Mary vió dispuesto a

cometer toda clase de imprudencias.

Entonces, dándose cuenta Mary de que el joven tenía en su sombrero la avispa que a ella estuviera a punto de molestarla, se lo indicó, siempre por señas, y él se la sacudió al revolotearle junto al rostro, pero como seguía con la mirada fija en el coche y sin preocuparse para nada de la bicicleta, un bache le hizo rodar ruidosamente por el suelo.

Mary se volvió y, al verle en el suelo, ahogó una carcajada.

II

—¿Cincuenta dólares para una fiesta?—exclamó el señor Marlowe.

—¡Es una locura!

—No creo que la cantidad sea exagerada.

—Para como están los tiempos es una fortuna.

—No debemos escatimar nada a los ojos de lord Hurley.

—Lord Hurley sabe muy bien el dinero que tenemos y no necesita demostraciones.

Se desarrollaba esta escena en el despacho del señor Marlowe, adonde el coche había llegado después de media hora de esfuerzos por parte de los caballos.

Mary dió la razón a su padre.

—Dice bien papá. No debemos hacer ese gasto.

El padre la miró con extrañeza.

—¿Desde cuándo te has hecho tan ahorrativa?

Y Mary repuso resueltamente:

—No lo digo por el gasto, sino por la persona en cuyo honor se da la fiesta.

—¿Quieres decir que lord Hurley no es merecedor de...?

—Quiero decir que no me casaré con lord Hurley.

El señor Marlowe dió un tremendo puñetazo sobre la mesa.

—¡Tú harás lo que se te mande! ¡Daremos la fiesta y, si es preciso, gastaremos los cincuenta dólares!

Entonces ocurrió algo que demostró una vez más que el mundo es un pañuelo.

El señor Marlowe mandó llamar a Carlton y entró el joven de la bicicleta.

Mary y él cruzaron una rápida mirada de asombro. Pero la estupefacción de Mary fué mayor porque vió que uno de los ojos del ciclista presentaba un profundo color violeta.

En seguida comprendió que la causa de aquello había sido la aparatosa caída que ella había podido presenciar.

—¿Qué ha sucedido, Carlton?—preguntó el señor Marlowe, mirándole el ojo.

El joven ya no se acordaba de lo ocurrido.

—¿Cómo?

—Que si le han dado un golpe.

Entonces recordó que tenía un ojo amoratado.

—¡Ah, sí! Ha sido un golpe.

—¿Otra vez ha boxeado?

—No, señor. Ha sido una caída de la bicicleta.

—No me extraña. Esos inventos sólo sirven para poner en peligro la vida de las personas. Pretender moverse por medio de un mecanis-

mo es una locura muy propia de estos tiempos de audacias y osadías. En fin, haga el favor de traer cuarenta dólares.

—Cincuenta—rectificó la señora de Marlowe cuando ya Carlton se disponía a marcharse.

Y los dos esposos quedaron ensartados en una discusión acerca de los gastos de la fiesta.

La señora de Marlowe, para convencer a su marido, comenzó a enumerar las cosas que era preciso hacer.

El joven Carlton regresó a los pocos momentos y dejó caer disimuladamente, al pasar, un papel en la falda de Mary.

Estaba escrito, y la joven se emocionó profundamente al leer:

“Si no consigo hablar con usted esta misma noche, me suicidaré arrojándome al río”.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Mary, a pesar de que la perspectiva que John le había pintado era bastante trágica y fúnebre. El amor tiene estas y otras inconsecuencias semejantes.

Y cuando Carlton, una vez hizo firmar unos documentos al señor Marlowe y le hubo entregado los

cincuenta dólares pedidos, volvió a pasar por el lado de Mary, para marcharse, ésta dejó caer su pañuelo, con el mismo fin de que John se lo recogiera.

El se inclinó prestamente y como ella hizo lo mismo, las manos de

ambos se encontraron en el trayecto y los rostros quedaron tan cerca el uno del otro, que casi se rozaron.

Cruzaron una mirada llena de simpatía y emoción, la sostuvieron los dos largamente y por fin se marchó el joven Carlton.

III

Mary coqueteó un poco ante el espejo y salió al jardín. Estaba segura de que John llegaría de un momento a otro, pues si quería hablar con ella, debía de saber muy bien que sólo allí podría lograrlo.

Mary había acudido a aquella cita indirecta, porque su buen corazón le impedía consentir que un hombre se ahogara por ella.

Esta, cuando menos, era la disculpa que se daba, pues en el fondo lo que le sucedía era que deseaba ver a Carlton tanto como Carlton deseaba verla a ella.

Ya estaba John apoyado en la verja y montado en su bicicleta, esperando a Mary.

Hizo sonar la bocina en una apre-

miante e insistente llamada y la joven fingió no oírla. No obstante, se acercó a la verja, simulando que su encuentro con John fué puramente casual.

—¡Caramba, míster Carlton! ¡Qué casualidad! ¿Qué hace usted ahí parado?

—¿Y usted?

—Salí al jardín para dar un paseo a la luz de la luna.

—¿Sólo para eso?

Y la pregunta que realmente se había formulado en el pensamiento de John era: “¿De modo que no ha venido usted por mí?”

—Sólo por eso — contestó Mary.

—Entonces me voy.

—¿Adónde?

—A arrojarme al río con bicicleta y todo.

Y como realmente hizo ademán de partir, Mary gritó:

—No, no se vaya.

Entonces se quedó John, satisfecho y sonriente, mirando a Mary que se hallaba a cierta distancia de la verja.

—¡Acérquese!—dijo el joven un tanto imperativamente.

—¿Le gusta mandar?

—¿Por qué lo dice?

—Porque a mí no me gusta obedecer.

—Entonces iré yo ahí.

Hizo ademán de encaramarse a la verja para saltarla, y Mary se estremeció.

—¡No! ¡Espere!

Y no tuvo más remedio que acercarse, obligación que — dicho sea en honor a la verdad — no le fué muy enojosa.

—Buenas noches—dijo como si en aquel momento se encontrara con Carlton.

—Buenas noches.

—Verdaderamente es muy hermosa—exclamó Mary contemplando el despejado cielo.

—Una verdadera preciosidad —

repuso John mirando a Mary a los ojos.

Ella, para cambiar el tono que la conversación había adquirido, preguntó:

—¿Cómo sigue del ojo?

—Estoy mucho mejor.

—Me alegro.

—Con sólo verla se me ha curado.

—¿Qué cosas tiene usted, señor Carlton! — exclamó Mary tratando de ocultar su emoción con una sonrisa.

—¿Por qué no me llama John? —preguntó él, apoderándose de una de las manos que ella había apoyado en la verja.

Mary hubiera querido retirarla, pero no pudo, no porque se lo impidiera John, sino porque una fuerza misteriosa y profunda le había robado la facultad de movimiento.

—Debe llamarme John—insistió el joven.

Y ella repuso, como hipnotizada:

—Sí, John.

—Eso es, Mary. Yo para ti soy John y tú para mí eres Mary... ¡mi Mary!

Había ido acercando su rostro a la verja. Sus labios estaban muy cerca de los de Mary. Ella no opo-

nía la menor resistencia... no podía.

Y ya iban a unirse los labios, cuando en el jardín resonó una llamada.

—¡Mary!

Era la voz del señor Marlowe.

—¡Váyase!—suplicó Mary retirándose.

—¿Por qué?

—¡Váyase, por Dios! ¡Es mi padre!

—¿Mañana?

—Calle.

—¿A la misma hora?

—Bueno, pero váyase.

Se marchó Carlton y Mary se retiró de la verja. Cuando apareció el padre fingió estar absorta recogiendo flores.

—¿Qué haces?—preguntó el señor Marlowe con su voz autoritaria.

—Estoy recogiendo flores.

—¿Recogiendo flores a estas horas?

Mary rió nerviosamente. No se

le ocurrió cosa mejor en aquellos difíciles momentos.

El señor Marlowe la miró fijamente.

—Veo que estás muy nerviosa.

—Sí, papá.

—Eres como tu madre.

—Y como mi padre.

—Yo no soy nervioso.

—¡Vaya si lo eres!

—¡Mary!

—¿Qué?

—Repórtate.

—¿Qué he hecho yo?

El señor Marlowe, extrañado de aquella actitud tan insólita, le tomó el pulso.

—Lo suponía—exclamó—. ¡Tienes fiebre! Mandaré por el médico.

—Es inútil, papá—repuso Mary maliciosamente—. Mi mal no tiene cura.

—¡Vete en seguida a la cama!

Y Mary se fué, no tanto por obedecer a su padre, como por su deseo de estar sola.

IV

"Estimado John:

Recibí su carta en la que me da las gracias por haber evitado que se ahogase en el río. ¿No opina que hice bien?"

"Queridísimo John:

Papá sospecha de mí. Quiere saber por qué recojo flores todas las noches en el jardín".

"Mi queridísimo John:

Lord Hurley acaba de llegar y no me gusta. No quiero decir la opinión que me merece".

"Mi amado John:

Hace dos semanas, cuatro días y siete horas que nos conocemos. Toda una vida para nosotros... Esta noche mis padres celebran una fiesta en honor de lord Hurley".

Estas cartas, mejor dicho, estos principios de cartas, dicen bien claramente las consecuencias que en poco más de dos semanas había tenido la amistad nacida de modo tan singular entre Mary y John.

Y he aquí que una de estas cartas, por una de esas jugarretas con que a veces nos amarga el diablo la vida, fué a parar a manos del señor Marlowe.

Echóse éste a temblar al ver a su hija enamorada de un humilde empleado de escritorio precisamente cuando se esperaba la llegada de lord Hurley.

Mandó llamar a Carlton y arrojó la carta sobre la mesa al mismo tiempo que exclamaba:

S E C R E T O S

—No negará usted que sabe quién escribe esta carta.

Muy grande fué la sorpresa de John al verse descubierto, pero pudo disimular su emoción y dijo con valentía:

—No, señor. No lo niego.

—Tampoco negará usted que es este mismo John que se menciona en la carta.

—Tampoco lo niego.

—¡Es usted un sinvergüenza!

—¿Por qué?—preguntó Carlton, dueño ya de toda su sangre fría.

—¿Se burla usted?

—Nunca he hablado más en serio. Estoy enamorado de su hija y quiero casarme con ella.

El señor Marlowe tuvo una sonrisita sarcástica.

—No me extrañan esos propósitos. Mi hija tiene un padre rico.

—No me importan las riquezas del padre, sino el corazón de la hija.

El señor Marlowe golpeó furiosamente la mesa con el puño.

—¡Salga de aquí! ¡Queda usted despedido!

—Perfectamente. Haga el favor de darme un certificado de buena conducta.

—¡De ningún modo!

—Entonces ¿cómo podré obtener otro empleo?

—Yo me cuidaré de que no consiga ninguno en todo el Estado.

—Pero...

—¡Silencio! Aquí tiene un cheque por dos semanas de sueldo.

Le tendió el papel. John lo tomó y, sin mirarlo, lo rompió en mil pedazos y arrojó los trozos sobre la mesa.

Este gesto hizo vibrar de ira al señor Marlowe.

—¡Insolente!—gritó—. Se arrepentirá de lo que ha hecho.

—Nunca me arrepiento de las cosas que hago.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

—No me importa estar fuera de aquí sabiendo que estoy dentro del corazón de Mary.

—¡Fuera! ¡Fuera!—gritó el señor Marlowe cada vez más excitado.

* * *

Era precisamente el día en que se daba el baile en honor de lord Hurley.

Mary estaba ya arreglada. La acompañaban su madre y su tía. De pronto, entró el señor Marlowe, excitadísimo.

—¿Te has enterado, Marta? — preguntó a su esposa.

—¿De qué?

—De lo que ha hecho nuestra hija.

—¿Qué ha hecho?

—Nos ha puesto en ridículo.

De pronto se encaró con la tía y la increpó:

—¡Y tú has sido su cómplice! ¡Vete!

—No me marcharé — repuso enérgicamente la tía—. Quiero quedarme para defender a Mary.

—¿Luego es verdad que eres su cómplice? Me lo figuraba, aunque no estaba cierto. Ahora ya lo sé seguro. ¡Quítate de mi vista si no quieres que haga una barbaridad!

—Me temo que vas a hacerla de todos modos.

Y la tía no se movió de donde estaba.

—¿Y tú, qué dices a eso? — preguntó a Mary el señor Marlowe.

—Nada. ¿Qué quieres que diga?

—Pero ¿qué ha hecho? — inquirió la madre.

—Pues verse clandestinamente con un empleado de mis oficinas.

—¡Oh! — exclamó doña Marta, llevándose las manos a la cabeza e incapaz de encontrar un comentario que expresara mejor su dolor y su asombro.

—Otro empleado más fiel pudo apoderarse de una de las cartas y me la entregó.

—¿Qué carta? — preguntó Mary.

—¿Qué carta ha de ser? La que tú has escrito a ese mequetrefe de John Carlton.

—¿Y al que comete ese acto vergonzoso llamas empleado fiel? — exclamó Mary—. Ese hombre no es

S E C R E T O S

más que un miserable, un vil correveidile.

—¡Mary, hija mía! — lloriqueó su madre en el colmo de la desolación—. ¿Es que te has vuelto loca?

—Es que le amo tanto como de testigo a lord Hurley.

—¡Oh! — volvió a gemir la madre.

Y el señor Marlowe no hizo ningún comentario, pero se estremeció.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación! — juzgó al fin doña Marta, y preguntó a su esposo: — ¿Lo despediste?

—¡Naturalmente! ¿Y sabes lo que hizo?

—¡Qué sé yo!

—Pues rompió en mil pedazos el cheque que le di.

La tía no pudo reprimir una exclamación de entusiasmo.

—¡Bravo! ¡Es todo un hombre!

Y añadió, dirigiéndose a Mary:

—Un hombre así es digno de que le ames.

El señor Marlowe le dirigió una mirada flamígera.

—¡Haz el favor de salir de aquí!

—Me marchó, sí; pero no sin antes decirte que eres un egoísta, ¡un tirano!

—¡Silencio!

—¡No quiero callar! ¡Eres un hombre sin conciencia!

—¡Calla!

—¡Un bárbaro!

—¡Mira!... — gritó el señor Marlowe, crispando amenazadoramente los puños.

Sólo entonces se marchó la tía. El señor Marlowe temblaba.

—¡Ese canalla!...

—¡No es un canalla, sino todo un hombre! — replicó vivamente Mary—. ¡Por eso le quiero!

—¡Calla, mala hija!

—¡Le quiero, le quiero y le quiero!

—¡Oh!

—Le adoro y nada podrá separarnos.

—Lo veremos.

—Hemos nacido el uno para el otro.

El señor Marlowe sonrió sinies-tramente.

—No sé si sabrás que hemos decidido que pasado mañana salgas para Inglaterra.

Mary empalideció, y añadió su padre:

—Hasta entonces no saldrás de esta casa.

Y haciendo más ostensible lo siniestro de aquella sonrisa:

—En cuanto a ese sinvergüenza, mandaré azotar y le haré la vida imposible en esta localidad.
 Formulada la terrible amenaza, el señor Marlowe salió de la habitación, acompañado de su esposa.

V

Y Mary quedó sola, sumida en una confusión de amargos pensamientos.

¿Cumpliría su padre las tremendas amenazas? ¿Podía ella consentir que por su culpa azotaran a John como si fuera un esclavo?

Y de un lado su piedad femenina le dictaba un rompimiento con John para evitar aquella persecución inicua, y por otro, su corazón le gritaba que debía anteponer a todo su

amor, su amor inmenso, su santo amor.

Así estaba Mary, sumida en aquellas perplejidades tan dolorosas, cuando su tía, su comprensiva tía, se presentó ante ella cautelosamente.

—¿Se han marchado? — preguntó en voz baja.

—Sí...

Y gimió:

—¿Sabes lo que ha dicho papá?

—Lo he oído todo.

—¿Qué debo hacer? Ayúdame, aconséjame.

—Cuenta conmigo, Mary.

—Ya sé que eres la única que me comprende.

—Por fortuna, no estoy ciega como tus padres.

—¿Qué haré, Dios mío, qué haré?

—Ahora prepárate para bajar al salón, donde ya empiezan a llegar los invitados. Después, ya veremos.

Y la experta tía retrocedió para ver mejor el aspecto que ofrecía Mary.

—Ponte el ramo a la izquierda.

Y corrigió la posición de las flores.

—Así... Y el pañuelo a la derecha... Eso es...

Después le hizo ensayar algunos pasos de rigodón.

—Muy bien, todo muy bien. Lo único que no me gusta es el gesto.

Es preciso que sonrías. A ver, repítelo.

Pero al repetirlo, el semblante de Mary seguía envuelto en la sombra.

—¡No puedo, no puedo sonreír! — gimió.

—Sí que puedes. Piensa en John y sonríe.

Fué una buena idea de la tía.

Mary repitió los movimientos, dejando que la imagen de John penetrara en su mente y una bella sonrisa inundó su rostro de luz.

—¿Ves cómo puedes sonreír?

—Así, sí — dijo Mary, como soñando.

—Bien. Ahora ten presente que al inclinarte para saludar debes subirte un poco la falda.

Lo hizo Mary y la tía exclamó:

—¡Eso es! Has de mostrar el tobillo. El tobillo de una mujer ejerce una fuerza hipnótica sobre los hombres.

Y una vez bien aleccionada, Mary y su tía bajaron al salón.

* * *

Allí estaba ya lord Hurley.

Mary había empezado por saludar a otros invitados, pero su madre, disimuladamente, la condujo hacia lord Hurley.

A Mary le era difícil ocultar la antipatía que le inspiraba el aristócrata inglés.

Sin embargo, no tuvo más remedio que bailar con él, pues en aquel momento en que se estaban saludando empezó a sonar la música, y lord Hurley le pidió el baile.

Era un hombre de edad bastante avanzada y de delgadez rígida y antiestética.

Su nariz, demasiado grande, le hacía la competencia en tamaño al bigote. Sus movimientos eran tan grotescos, que si Mary lo hubiera podido ver cuando evolucionaba con ella en el salón, el baile habría terminado instantáneamente.

Lord Hurley comenzó a hacer los planes de su viaje de novios.

—Estaremos cazando hasta el

día de Navidad y después viajaremos por todo el continente.

Mary apenas le escuchaba. ¡Le importaba tan poco todo aquello y estaba tan segura de que no había de llevarse a cabo!...

—Así — continuó lord Hurley, — cuando regresemos a Londres cogeremos los días más brillantes de la temporada de fiestas.

Y como Mary no le contestaba, preguntó:

—¿Qué le parece?

Mary levantó la vista. Vió los ojillos de lord Hurley fijos en su rostro y le fué tan antipática aquella mirada que no pudo contenerse, y repuso:

—Pues me parece que se tendrá usted que buscar quién le acompañe en ese viaje.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿No lo ha comprendido? Se lo diré más claro. Por nada del mundo me casaré con usted.

S E C R E T O S

Lord Hurley la miró primero muy serio. Después se echó a reír.

—Por ese lado estoy tranquilo. He hablado con sus padres y ellos me han concedido su mano.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que con la primera que tiene que contar para eso es conmigo?

—No, porque las muchachas y los jóvenes bien educados obedecen en todo a sus padres.

—Pero a veces se trata de algo tan particular que por muy bien dispuesta que esté una a la obediencia...

—Yo acostumbro obedecer en todo a mis padres y estoy seguro de que usted es lo mismo.

—¿De modo que a usted, con tal de casarse conmigo, no le importa que le quiera o le deje de querer?

—Eso es secundario. Pocas mujeres quieren a sus maridos en el momento de casarse. Pero después, el roce engendra el cariño.

—No siempre.

—Pero en este caso ocurrirá así.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque tengo fe en mí mismo.

Soy un hombre de limpia y recta conducta que llega siempre donde se propone llegar.

—¡Ah! ¿Sí?

Y una sonrisilla de burla acompañaba a esta exclamación.

—Sí — repuso lord Hurley, sin darse cuenta de que Mary se burlaba de él.

Y después de dirigir una larga mirada al rostro de Mary, una mirada que quiso ser tierna y resultó cómica, declaró:

—Ya le he dicho que acostumbro obedecer a mis padres, y voy a hacer lo que estoy seguro que ellos querrían que hiciese en este momento.

Acercó los labios a la frente de Mary y depositó en ella un beso.

¿Protestó la joven?

No. Apenas se dió cuenta de que lord Hurley la había besado. Estaba absorta mirando algo que se veía a través de los cristales de una de las ventanas del salón.

Era el rostro de John lo que Mary estaba viendo.

VI

John, escudándose en las sombras de la noche, había penetrado en el jardín y se había acercado a la ventana.

Es fácil suponer lo que pasó por el alma del joven cuando vió a Mary en brazos de lord Hurley, y más aún al ver cómo aquellos labios manchaban con un beso la suavidad de aquella frente virginal.

Empezó a hacerle señas a Mary, y ésta le dijo, en un descuido de lord Hurley, que le esperara.

¿Qué se proponía Mary?

Ni ella misma lo había reflexionado, pero algo en el fondo de su alma le decía que aquel día no podía terminar sin que ellos se vieran y hablaran.

Necesitaba el consuelo de las palabras de John, así como él, a buen seguro, necesitaba el de las palabras de ella.

De pronto, dijo el señor Marlowe, levantando la voz:

—Amigos míos: en esta fausta ocasión tengo el honor de anunciar el matrimonio de mi hija con lord Hurley. Y como lord Hurley ha de partir inmediatamente para Inglaterra, la feliz pareja saldrá en uno de mis barcos pasado mañana.

Los invitados aplaudieron y empezaron a desfilan por delante de lord Hurley, dándole la enhorabuena.

Todos añadían a ella unas palabras de alabanza respecto a la be-

S E C R E T O S

lleza y a las virtudes de Mary.

Y, entretanto, ésta permanecía impasible, reconcentrada, como si en su pensamiento se hubiera hecho una negra noche.

De pronto, cayó desvanecida.

Se produjo un revuelo general. Los invitados la rodearon y cien manos se tendieron protectoramente hacia ella.

—¡Se ha desmayado!

—¡Pobrecita!

—¿Por qué le habrá ocurrido eso?

Y el señor Marlowe, aunque sabía que no decía verdad, exclamó:

—Sin duda ha sido la alegría la causa.

Mary abrió entonces los ojos y murmuró:

—No es nada. Me acostaré un momento.

Y viendo que su tía estaba a su lado, le rogó:

—¿Quieres acompañarme, tía Susan?

—¡Ya lo creo, hijita!

Y tía y sobrina se marcharon escaleras arriba, aquélla sujetando a ésta por la cintura y ésta apoyándose en el cuerpo de aquélla.

Cuando llegaron a lo alto de la escalera, allí donde los invitados

no las podían ver, ocurrió algo que llenó de asombro a tía Susan.

Mary pareció recuperar instantáneamente todas sus fuerzas y exclamó:

—¡Se la han tragado!

—¿Eh? ¿No estás enferma?

—Por fortuna.

—¿Qué te propones?

—Antes de explicarte nada ve al jardín y no permitas que se vaya John. Dile que quiero hablar con él. ¡Anda! ¡Corre!

—¡Bueno, mujer, bueno!

Entró en su cuarto y se asomó a la ventana. No vió a John. Entonces se retiró y comenzó a pasear por el aposento nerviosamente.

De pronto vió que la cabeza de John asomaba por el marco de la ventana.

Contuvo un grito de sorpresa y corrió hacia la ventana.

—¿Qué haces aquí, John?

—Ya puedes suponerlo.

—Me ha parecido que estabas enfadado. Por eso te he mandado recado de que no te fueras. Pensaba bajar al jardín cuando la fiesta hubiera terminado.

—No tengo paciencia para esperar tanto tiempo.

—¿Sabes a lo que nos expone-
mos?

Pero John estaba absorto en sus
propios pensamientos.

—¿Por qué has consentido que
te hablara de amor?

—¿Acaso lo podía evitar?

—¿Vas a casarte con él?

—¿Cómo puedes suponer eso de
mí?

—Es verdad. Los celos me cie-
gan.

—Te amo a ti, John.

—¡Dímelo muchas veces, Mary!
Necesito oírlo.

—Nunca me casaré con ese hom-
bre. Sólo tú puedes ser mi marido.

—¡Gracias, Mary!

Y añadió de pronto, con una
transición:

—Será mejor que entre. Podrían
verme.

—Es que también te podrían ver
aquí dentro y entonces sería peor.

—¿Quién me podría ver?

—Mi padre, si subiera.

Pero John ya estaba dentro.

—¿Sabes que tu padre me ha de-
jado cesante? — preguntó Carlton.

—Lo sé.

Hablaban en voz baja, con las
manos unidas, con las miradas
prendidas una en otra, trémulos de
amor, de un amor que nada ni na-
die podría destruir.

—¡Oh, Mary! — dijo él, después
de un silencio.

—¡Oh, John!

Y estuvieron unos momentos ca-
llados, los ojos en los ojos, las ma-
nos en las manos.

De pronto, y los dos al mismo
tiempo, se sintieron empujados por
una fuerza irresistible.

Y se confundieron en un abrazo
lleno de amor y de vehemencia.

VII

Mary dirigió a la puerta una mi-
rada temerosa.

—Debes marcharte — suplicó.

—Si subiera papá...

—Es que he de contarte muchas
cosas y de mucha importancia.

—Habla pronto.

—Mañana salgo para Califor-
nia.

—¿Te vas?

—¿Crees que puedo quedarme
aquí? Tu padre me ha dicho que
no consentirá que me den ningún
empleo.

Y añadió con juvenil entusiasmo:

—Estaré el tiempo preciso para
hacer fortuna. Después volveré por
ti.

Y viendo la tristeza que se refle-

jaba en el rostro de Mary, pregun-
tó:

—¿Es que no quieres que me va-
ya?

—¿Cómo no he de querer, si es
lo más conveniente para ti?

—Es lo más conveniente para los
dos.

—Es verdad.

—¿Me esperarás?

—Te esperaré y te querré siem-
pre.

—No habrás de esperar mucho.
Te lo aseguro... Y ahora, adiós,
amada mía.

Se abrazaron. Ahora era Mary la
que no le quería dejar marchar. Sus
brazos le retenían fuertemente.

Por fin él pudo desasirse y vol-

vió a la escalera de mano que estaba apoyada en el exterior.

Se detuvo para volver a abrazar a Mary y entonces ella dijo con una decisión heroica, en un grito sublime de toda su alma y de todo su cuerpo:

—¡No! ¡No quiero que te vayas!

Y él, prudente y más dueño de sí mismo, contestó:

—Debo irme. Aquí no podré encontrar trabajo. En cambio, allí, en aquellas tierras vírgenes... ¿No lo comprendes?

Ella hizo un esfuerzo para contener sus lágrimas.

—Sí, John. Lo comprendo.

—¡Adiós, vida mía!

—¡Adiós, mi John!

Volvieron a abrazarse.

Mary lloraba. Sentía como si estuvieran arrancándole el corazón ante la sola idea de que John iba a marcharse.

Retenía ansiosamente a Carlton.

—¿Es que no quieres que me vaya?—preguntó éste.

—Sí. Quiero que te vayas, pero con una condición.

—¿Cuál?

—La de que me lleves contigo. Había una firme resolución en sus

palabras. Pero a John le costaba creer en ellas.

—¿De veras quieres venir conmigo?

—De veras.

—¿No comprendes que te desheredarán?

—No me importa.

—No tendrás a nadie más que a mí en aquellas soledades. Rompe-rás con tu familia para siempre.

—Me basta con tenerte a ti.

—¿De veras?

—¿Acaso hablo en tono de broma?

—No, Mary — repuso John, temblando de emoción—. Es que lo que me dices es tan grande... No deseaba otra cosa. Lo que sucede es que no me atrevía a decírtelo.

—Pues sí, John. Acabo de comprender que tú y yo no nos podemos separar.

—Es verdad, Mary. Habríamos muerto de pena.

Volvió a saltar al interior del aposento.

—Has de cambiarte de ropa en seguida — la apremió.

—Es verdad.

—Yo te ayudaré.

Ella le miró, avergonzada.

—Eso no, John. Será mejor que me esperes abajo.

—No hay minuto que perder. Hemos de huir antes de que termine la fiesta si queremos que no se enteren.

—Es verdad.

Y empezó a quitarse el vestido antiguo con su amplio panier.

Debajo quedaban otras muchas prendas antes de llegar a los pantalones con puntillas que se cerraban sobre el tobillo.

John se vió negro para ayudarla.

Los cierres, los lazos, los botones, puestos al contrario que en las prendas masculinas, lo despistaban.

Las prendas que Mary se había ido quitando formaban ya un gran montón en el suelo y aun estaba Mary tan vestida que habría podido salir así a la calle sin ofender a la moral.

—En fin, ya nos acostumbraremos — dijo John, humorísticamente—. Tardaremos mucho tiempo en tener criados.

—Eso es lo de menos, John.

VIII

Entretanto, en el salón, lord Hurley se impacientaba.

—Espero que no será nada lo de su hija — dijo a mister Marlowe.

—No. Seguramente no tardará en bajar.

—Como hace tanto tiempo que se ha marchado...

—Voy a ver qué le ocurre.

Y cuando más enfrascados estaban John y Mary en su tarea, sonaron en la puerta unos golpecitos.

Los dos se miraron aterrados.

—¿Quién es?

—Soy yo, Mary — repuso la voz del padre.

Mary se echó a temblar.

—Espera, papá. Me estoy desnudando.

Y por señas dijo a John que se ocultara.

Este, azorado, corrió de un lado a otro de la habitación, y como el señor Marlowe, receloso, exigía que Mary le permitiera entrar inmediatamente, el azoramiento de John crecía por instantes.

Por fin, se introdujo debajo del montón que formaban los vestidos de Mary en el suelo.

Entonces el señor Marlowe abrió la puerta y Mary tuvo el tiempo justo para ocultarse tras el vestido casero que tenía preparado para la huida.

—¿Qué significa esto? — preguntó el señor Marlowe, señalando los vestidos.

S E C R E T O S

—Que me estoy desnudando. Ya te lo he dicho, papá.

—¿Y es así cómo tratas los vestidos que tan caros me resultan?

—Perdóname, papá. Me encuentro tan fatigada...

—Está bien. Sólo he subido para decirte que los invitados te esperan.

—Discúlpame, papá. No me encuentro todavía bien y voy a acostarme.

—¿Crees que soy tonto? Ni tú te encuentras mal, ni lo del desvanecimiento ha sido más que una farsa.

—Te aseguro, papá...

—No me asegures nada y oye lo que voy a decirte. Dentro de diez minutos quiero que estés abajo. ¿Entendidos?

—Sí, papá. Dentro de diez minutos estaré en el salón, puesto que tú lo ordenas.

—¡Y que no tenga que volver a subir!

—Te prometo que no os haré esperar más de diez minutos.

Se marchó el señor Marlowe, y cuando Mary oyó que sus pasos se perdían en la escalera, ayudó a salir a John de debajo del montón de ropas.

—¡Pronto! — dijo el joven en voz baja, pero en tono imperativo.

—Ponte el vestido más sencillo y los zapatos más ordinarios.

—Ya lo tengo preparado. Quiero llevarme lo menos posible.

En efecto, se había despojado de todas sus joyas y se iba sólo con lo puesto.

Apagaron las luces y bajaron al jardín por la escalera que aun estaba apoyada en la ventana.

En el camino les esperaba la bicicleta.

—¿Podremos ir ahí los dos? — preguntó Mary, al ver que John la cogía.

—Sí.

—Pues vamos.

John la miraba fijamente.

—Aun tienes tiempo de arrepentirte, Mary.

—No acostumbro volverme nunca atrás.

—¿No comprendes que vas a dejar una vida regalada por otra de luchas y sufrimientos?

—Los sufrimientos a tu lado me parecerán diversiones.

—Piénsalo bien, querida.

—Ya lo he pensado, John.

—Entonces sube. Vamos a casarnos.

Dejó el sillín para Mary. El se sentó sobre el cuadro.

Mientras se perdían en la noche, lord Hurley, cada vez más intranquilo, confesaba a míster Marlowe:

—Estoy seguro de que su hija me haría feliz, pero me parece que no quiere casarse conmigo.

El señor Marlowe, que en el fondo abrigaba los mismos temores,

tuvo que hacer un esfuerzo para sonreír.

—No lo crea. Ella es muy obediente y hace siempre caso a sus padres. Será una excelente esposa.

Y cuando hacía sólo unos minutos que el señor Marlowe había pronunciado estas palabras tranquilizadoras, John y Mary entraban en casa del pastor para casarse.

IX

Y hubo un cambio radical y profundo en la vida de Mary.

Del magnífico chalet con amplias habitaciones y un amplio jardín a su alrededor, había pasado al refugio inseguro de un carro que se bamboleaba en las irregularidades del camino.

Formaban parte de una larga caravana que se dirigía hacia las tierras vírgenes de California para montar allí una colonia que poco a poco había de convertirse en ciudad, como había ocurrido a todas las que nacieron en el Oeste americano.

Pero Mary no desfallecía. Ella misma conducía el carro con pulso firme, mientras el viento soplaba azotador y rugiente. Otras veces era una tempestad de agua la que caía sobre la caravana. Otras, era un sol abrasador que sacaba fuego de allí donde se posaba.

Sin embargo, las lindas manos de Mary no desfallecían nunca.

Con razón había dicho que no acostumbraba volverse atrás.

Y así viajaron hasta que llegaron a un lugar a propósito para sentar sus reales.

Entonces John eligió el emplazamiento de su futura vivienda y empezó a construirla con la madera que le ofrecían en abundancia los bosques cercanos.

El trabajo fué duro y largo, pero al fin estuvo construída aquella casita que había de cobijar a los valientes esposos.

Y con el tiempo creció el menzudo patrimonio y aumentó la familia. John había logrado reunir buen número de cabezas de ganado a costa de sólo Dios sabía qué esfuerzos. El aumento de la familia había corrido a cargo de un hermoso niño que ahora tenía un año y al que tanto John como Mary consideraban su mejor patrimonio.

Por fin empezaba a deslizarse la vida con cierta placidez para los que tantas penalidades y privaciones habían sufrido. No le debían nada a nadie. Ellos mismos eran sus acreedores.

* * *

John se había marchado a caballo a la ciudad para tratar de una importante venta de ganado.

Mary había salido a la puerta a despedirle.

—No tardes — le había dicho. — Hoy tenemos carne guisada.

—¡Mi plato favorito! — repuso John, alegremente.

Cuando se marcharon los viajeros, Mary sentó a su hijito en su alto sillón y comenzó a preparar aquel guisado que tanto le gustaba a su marido.

Para que el niño no llorara, le había puesto delante algunos juguetes y, además, desde la cocina, le dirigía frecuentemente palabras mimosas que lo distraían y le hacían reír.

Ya había pasado tanto tiempo, que muy bien podrían estar de vuelta John y su criado, si hubieran ido de prisa.

De pronto se oyó un ruido en la puerta y Mary exclamó, alegremente, dirigiéndose al niño:

—Ya está ahí tu papá.

Pero su asombro no tuvo límites al ver que se abría el ventanillo de la puerta y aparecía en él una cara inquietante.

—Salud, señora — dijo el hombre, sonriendo—. Soy Jake Houser. ¿Verdad que me ha oído nombrar?

Mary, acostumbrada a los peligros de aquellas soledades, respondió sin inmutarse:

—Por desgracia, he oído hablar de usted.

—Me lo figuraba.

—Sabía que era usted un miserable bandido, pero no un cínico.

—¡Cuidadito con las palabras!

—No he de tener miramientos con quien no conoce los modos.

—Podría darse el caso de que yo la enseñara a tenerlos.

—No necesito sus lecciones.

—¡Ea, menos hablar y abra usted la puerta! Tenemos hambre y queremos comer.

—Yo no tengo comida para los bandidos.

—Eso lo veremos.

Introdujo el brazo por el ventanillo y trató en vano de levantar la barra que cruzaba la puerta.

—Abra usted — ordenó—. De aquí no se puede.

—Si esperan ustedes que les abra pueden sentarse.

—Usted nos abrirá.

Y sin dejar de reírse ferozmente, sacó su revólver y disparó hacia donde estaba el niño.

La bala pasó muy cerca de su cabecita y se incrustó en la pared.

Mary lanzó un grito y corrió al lado de su hijo.

—¡Asesino! Pudo haber matado al niño.

—Y lo mataré si sigue usted empeñada en no darnos de comer.

Y como seguía apuntando al niño con su revólver, Mary, atemorizada, abrió la puerta.

Entonces entró Jake Houser, seguido de dos tipos que no tenían



... y entró el joven de la bicicleta.



Mary coqueteó un poco ante el espejo...



—¡Y tú has sido su cómplice!



—¡Se la han tragado!



—No es nada.



Mary había salido a la puerta a despedirlos.



Introdujo el brazo por el ventanillo...



—¡Asesino! Pudo haber matado al niño.



—Gracias a ti, vamos a comer, pequeño.



Se despidieron con un beso...



—Te he traído el ganado, Mary.



Agarrotados por el dolor, permanecieron unos momentos inmóviles y silenciosos...



Y cogió la escopeta del críao...



Desfiló por delante del matrimonio una embajada japonesa...



Ante ellos acababa de aparecer una dama de grandes ojos...



Y apoyó su cabeza en el pecho de Mary.

nada que envidiarle en cuanto a ferocidad.

—Este es mi hermanito Davey—dijo el bandido señalando a un joven de semblante monstruoso y expresión bestial.

Después se acercó al niño y le dijo con una sonrisa terrible:

—Gracias a ti, vamos a comer, pequeño.

Mary estaba muerta de miedo, pero comprendió que lo mejor era disimular.

—Si se creen que me asustan, están muy equivocados.

—En cambio, yo le tengo miedo a usted—declaró Davey.

Y rió como un idiota creyendo que había dicho una gracia.

Los ojos de aquel monstruo no se apartaban de Mary. Recorrían todo su cuerpo con una expresión de lascivia repugnante.

Con esto, Mary se sentía cada vez más aterrada, pero comprendía que también era más necesario disimular.

—Vamos, siéntense y descansen. Y pensaba:

“Si pudiera dar tiempo a que llegaran John y el criado...”

—Tengo hambre — rugió Jake Housen.

—Es que la comida todavía no está hecha.

Pero a las narices del bandido llegaba el olorillo inconfundible del guisado de carne.

—¿De modo que no está hecha? —preguntó.

—No, señor.

Jake no replicó. Sacó el revólver y apuntó al niño.

Mary lanzó un grito de horror y prometió servir inmediatamente la comida.

Mientras iba y venía con los platos, Davey no le quitaba ojo.

—¡Cuidado que es guapa!—exclamó.

—Eso déjalo para mejor ocasión, Davey — le reprendió su hermano—. Ahora siéntate a comer.

—¿Volveremos?

—Naturalmente.

Entonces Davey se sentó y todos empezaron a comer silenciosamente y con evidente aidez.

—¿Dónde está su esposo?—preguntó Hourse.

—Lo espero de un momento a otro. Ha ido al bosque cercano.

—¿De veras?

Y Houser reía burlonamente.

—Pues a mí me ha dicho un parito que se ha ido a la ciudad.

Terminaron de cenar y Jake exclamó:

—¿Qué os ha parecido la comida, muchachos?

—Estupenda.

—Pues a mí me gusta más la cocinera—declaró Davey.

—Tú siempre loco detrás de las faldas... ¿Qué os parece una taza de café?

—Sería una gran cosa.

—No vendría mal.

—¿Lo oye usted, patrona? Queremos café.

Y cuando hubieron tomado café se levantaron.

—Nos ha gustado tanto—declaró el jefe—, que volveremos muy pronto.

En este momento un hombre llegó a decir a Houser que ya habían recogido todo el ganado.

—¿Qué ganado?—preguntó Mary sospechando la tremenda verdad.

Y Jack se echó a reír.

—El ganado que hasta hace unos momentos era suyo y que ahora es mío.

—¡Pero eso es una villanía! —exclamó Mary sin poder contenerse—. ¡Después de lo que nos ha costado reunirlo!

—No se apure por tan poca cosa. Ahora compren una parejita y empiezan de nuevo.

—¡Canalla! —gritó Mary cada vez más exasperada—. Si nos roban el ganado, le aseguro que mi marido no descansará hasta matarles.

Jake soltó una ruidosa carcajada.

—¿Has oído, Davey? Dice que no descansará. En cambio, yo le aseguro que descansará muy pronto y para siempre si se pone tonto.

Y se marchó, seguido de su hermano y de su compañero, sin cesar de reír.

X

Ya estaban cerca de la casa, cuando el criado, viendo el ganado que se llevaban los bandidos, detuvo a John.

—Aquel ganado parece el suyo, patrón.

Dirigió John desde su caballo una mirada hacia el fondo del valle y exclamó:

—¡Claro que es el mío!

Y fueron al encuentro de Jake.

Lo primero que hizo John fue comprobar que el bandido iba acompañado de más de diez hombres.

—¡Qué sorpresa, señor Carlton! —exclamó Houser en tono zumbón—. No esperábamos verlo por aquí.

—Ni yo que llevara usted su vileza a robar a un hombre el fruto de su trabajo.

—Eso son cuentos chinos.

—¡El ganado es mío!

—¡Alto! Era antes de que lo tomara yo.

Y el bandido soltó una de sus feroces carcajadas.

—¡Haré valer mis derechos! —exclamó John.

—¿Habéis oído, muchachos? Hará valer sus derechos. Eso quiere decir lo menos que se nos va a comer crudos.

Y añadió:

—Vamos a ver si es verdad. ¡Adelante!

Houser y sus hombres se marcharon con el ganado.

John tuvo que tragarse su cólera. ¿Qué hubieran podido hacer dos contra diez?

Y ordenó a su criado:

—Vámonos.

Tristes y pensativos reanudaron el camino de regreso que ya tocaba a su fin.

* * *

Mary se había echado a llorar cuando los bandidos se marcharon.

El niño lloraba también y ella cayó junto a él de rodillas.

—¡John, John! — imploró Mary—. ¡Regresa pronto! ¡Te necesitamos!

Y de sus ojos siguieron fluyendo las lágrimas hasta que llegó su marido.

Cuando por fin se abrió la puerta para darle paso, Mary corrió hacia él y le echó los brazos al cuello.

—¡Gracias a Dios que has venido, John!

Y John, que hacía esfuerzos para disimular su pesadumbre, le preguntó:

—¿Por qué?

—Has tardado tanto, que temí te hubiera pasado algo.

—¿Y por eso lloras?

—No. Es la emoción de volverte a ver.

Y ella también rió a través de sus lágrimas. Los dos querían guardar para ellos solos el dolor de lo ocurrido. Los dos querían evitarse aquella pena.

—¿Qué me has traído, John?

—Nada—dijo él con una sonrisa.

Pero Mary estaba segura de que guardaba algo para ella. Nunca le faltaba el regalito cuando John iba a la ciudad.

En efecto, había comprado una chuchería para ella y otra para el niño.

—¡Gracias, amor mío! — exclamó Mary abrazándole una vez más.

—¿No ha habido novedad?

—No.

—El criado entrará unos sacos de provisiones.

—¡Buena falta nos hacen!

—¿Duerme el niño?

—Se ha dormido momentos antes de llegar tú.

—Entonces vamos a cenar.

—¿Tienes apetito?

—Apetito, es poco, querida. ¡Tengo más hambre que un lobo!

—Siéntate. Voy a sacar el guisado en seguida.

Y sacó lo poco que habían dejado Houser y sus acompañantes.

—¡Está riquísimo!—dijo Mary.

—No hay más que verlo y olerlo, querida mía.

Mary se sentó enfrente.

Empezaron a comer.

Ninguno de los dos se atrevía a levantar la vista del plato. Tal vez les hubiera traicionado la amargura que cada vez les era más difícil disimular.

De pronto, y como quien habla de algo que no tiene importancia, John manifestó:

—Mary: ¿Te gustaría volver a Nueva Inglaterra?

Ella se estremeció.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque ya llevas aquí dema-

siado tiempo. Esas manos tan lindas no deben trabajar tanto.

Hacía esfuerzos inauditos para contener su angustia.

Y ella, incapaz de seguir guardando el doloroso secreto, respondió:

—Me siento feliz aquí, John. Soy feliz contigo y con nuestro hijo aunque... nos hayan robado el ganado.

—¿Quién te lo ha dicho?—preguntó John.

—Se lo ha llevado Jake Houser—dijo Mary tristemente—. Se lo ha llevado todo.

Y la sorprendida fué ahora Mary al escuchar esta declaración en labios de su marido:

—Ya lo sabía.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nos hemos encontrado con los bandidos cuando regresábamos.

—¿Os habéis encontrado con Houser?

—Sí.

—¿Llevaba el ganado?

—Lo llevaban.

—¿Y habéis consentido que nos lo arrebataran?

—¿Qué podíamos hacer, Mary? Nosotros éramos dos. Ellos, diez.

Mary experimentaba una especie

de desencanto. John era para ella un héroe y no quería que dejara de serlo.

—¿Por eso me propusiste regresar a Nueva Inglaterra?

—Sí.

—¿Y consentirías que un hombre como Houser te echara de aquí?

—¿No comprendes que...?

—Lo único que no comprendo, John, es por qué me dijiste que los propietarios tendríais que tomar la justicia por vuestras manos para combatir a los bandidos.

—¿Yo dije eso?

—Tú, John.

—Es que Houser es un hombre peligroso.

—Lo sé.

John le dirigió una mirada interrogadora.

—¿Que lo sabes?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

Había pasado una llamarada por los ojos de John.

Ahora fué Mary la que se sintió acobardada.

—¿Vino aquí Houser? —inquirió John.

—No lo decía por eso—repuso Mary evasivamente.

—¡Contesta! ¡Dime la verdad!

—Pues sí, John. Estuvo aquí ese bandido con su cuadrilla.

—¿Qué han venido a buscar?

—Comida.

—¿Se la diste?

—Me obligaron a que les sirviera.

—¿Te obligaron?

—Sí. Amenazaron a nuestro hijo con un revólver.

Silenciosamente, sin hacer el menor comentario, John se levantó y se puso el cinturón de proyectiles. Después cogió la escopeta.

XI

Ella comprendió adonde iba su marido. Y al mismo tiempo que se arrepentía de haber dudado de su valor, se sentía dominada por una profunda inquietud al ver que iba a exponer su vida.

—Creo que no debes ir, John—suplicó Mary.

—Esos bandidos podrían haberme robado sin que yo intentara vengarme. Pero te han humillado a ti y eso han de pagarlo.

Había en sus palabras una resolución inexorable.

—Ten mucho cuidado, John.

—No te preocupes, querida. Más de diez propietarios están dispuestos a acompañarme.

—Aun así, ten mucho cuidado. ¿Me prometes que lo tendrás?

—Te lo prometo... Pero no podré regresar esta noche. El criado se quedará haciéndote compañía.

—Por mí no te preocupes.

—Eres tú lo que más me preocupa en el mundo.

—¡Oh, John! Bien me lo has demostrado.

Se despidieron con un beso y Mary le vió marchar desde la ventana.

* * *

Se había puesto el niño enfermo.

El criado fué en busca del doctor, un buen amigo de la casa, que

examinó al enfermito detenidamente.

—¿Se curará?—preguntó Mary.

—Sí. Pero debe descansar. Mucho reposo. Cualquier excitación podría costarle cara.

—Que Dios nos ayude.

—Usted tampoco está todo lo bien que debiera estar.

—Estoy preocupada por mi marido. Se marchó hace dos días y aún no ha vuelto.

—Lo sé.

Fué Mary a acostar al niño en la rústica cuna, y cuando volvió se encontró con su esposo que regresaba.

Experimentó una profunda alegría y se arrojó en sus brazos.

—¡Oh, John! Gracias a Dios que has vuelto.

—Te he traído el ganado, Mary.

—Lo sabía.

—¿Qué sucedió? — preguntó el médico.

—Colgamos a seis.

Mary se estremeció.

—¡Qué horror, amor mío!

—¿Es Houser uno de los ahorcados?

—No. No pudimos dar con él...

Pero ahora que caigo. ¿Está usted aquí como amigo o como médico?

Mary explicó:

—Se puso malito el nene y lo mandé llamar.

—¿Algo de cuidado? — preguntó John.

—No. Un poco de fiebre. Si pasa el día tranquilo estará bien.

Aprovechando un momento en que Mary fué a ver si el niño dormía, John y el doctor pudieron hablar claramente.

—¿De modo que Houser sigue viviendo?

—Sí.

—¿Y su hermano?

—A ese lo hemos ahorcado.

—¡Malo! Jake Houser idolataba a su hermano. Procurará vengarse.

—Lo sé — repuso Carlton con aquel aire de preocupación que se había apoderado de él—. Pero no diga nada a mi esposa.

—Eso ni que decir tiene.

John miró hacia la puerta por donde se había marchado Mary.

—Y otro ruego, doctor.

—Usted dirá.

—Prométame que si me pasara algo, la ayudaría a regresar al lado de sus padres.

—Puede usted estar tranquilo.

Le ayudaré en eso y en todo.

—Gracias, doctor.

Y se dieron un apretón de manos.

XII

Mary y John contemplaban al pequeñuelo, en cuya boquita se dibujaba una sonrisa.

—¡Ya sonrío, John! Mañana estará bien del todo.

—Eso creo yo también.

Y como en la frente de Carlton seguía imperando aquella sombra de preocupación, Mary manifestó su extrañeza:

—¿No te alegras, John?

—Sí. ¿Cómo no he de alegrarme de que nuestro hijito esté bien?

—Pues no lo parece. ¿Estás preocupado por los bandidos?

—No. Si acaso un poco fatigado del viaje.

—Verás como todo sale bien.

—Me alegro de que seas optimista.

Apenas había pronunciado John estas palabras, cuando se oyó el galopar de varios caballos.

Corrió primero a la ventana y después salió a la puerta de la calle.

Volvió en seguida al interior de la casa, en compañía del criado, que ya venía corriendo a dar la noticia.

—¡Son ellos, Mary!

—¿Los bandidos?

—Sí. Jake Houser y los suyos.

—¿Habrá visto a su hermano muerto?

—Seguro, porque los hemos ahorcado en los alrededores de la guarida.

—¿Vienen en plan de venganza?

—Seguro.

Y John, al mismo tiempo que hablaba, había ido cerrando ventanas y puertas.

—Vete a tu habitación, Mary.

—Voy a ver al niño.

Lo envolvió en colchones y almohadas, cuidando de que no le faltara la respiración y lo colocó en un rincón del cuarto, el más alejado de la ventana.

En seguida volvió al lado de su esposo.

John y el criado habían sacado los rifles y las municiones. Todo estaba dispuesto para la defensa. En las cercanías de la casa se oían las voces de los bandidos.

—¿En qué puedo ayudarte, John?—preguntó Mary.

—Lo mejor será que te vayas a tu habitación.

—De ningún modo. Mi sitio está aquí, a tu lado.

Y cuando Mary terminó de pronunciar estas palabras, fuera se oyó un grito de Houser.

—¡Sal de ahí, Carlton!

Mary y John se miraron.

—Es Houser—dijo ella.

—Sí, es Houser—repuso él.

—No salgas, John.

—Algo hemos de hacer, Mary.

—Esperar.

Y esperaron.

Se volvió a oír la voz de los bandidos.

—¡Sal, Carlton!

Y esta vez añadió:

—Si no sales entraremos nosotros y no quedará nadie para contarlos.

El criado comentó:

—No habla en broma, jefe.

—¿Has oído, Mary?—preguntó entonces John.

—Sí.

—Será mejor que hable con ellos.

—¡Sólo te quieren para matarte!—exclamó Mary aterrada.

—Es que si entran te matarán a ti también.

—Si sales saldré yo contigo.

Y había tal energía y tal decisión en las palabras de Mary, que John comprendió que no había medio de disuadirla de que lo acompañara.

Y aun añadió Mary para hacer más firme su decisión:

—No quiero vivir si para ello has de morir tú. Prefiero que nos maten a todos.

—Como quieras, Mary. Esperaremos.

Y en seguida se oyó la voz de Houser.

—Ha terminado el tiempo, Carlton. ¿Sales?

Y Mary contestó enérgicamente y a voz en grito:

—¡No! ¡No saldrá!

Inmediatamente sonaron los primeros disparos de los bandidos.

XIII

—¡Yo cargaré las escopetas! ¡Vosotros disparad!

Y Mary empezó a trabajar febrilmente.

John y el criado no perdían momento. Cuando una escopeta se vaciaba encontraban otra llena.

Y Houser, loco de rabia, veía como sus hombres caían.

El jefe los obligaba a acercarse a la casa.

Gritaba enloquecido:

—¡El que tema a los disparos

del enemigo, recibirá un balazo de mi rifle!

Y una lluvia de proyectiles caía sobre la casa de Carlton.

Mary fué a su habitación a echar una mirada a su hijito.

Extrajo el menudo cuerpo del fardo formado por los colchones y se quedó mirando la pálida carita. Era una palidez mucho más intensa que la que momentos antes cubría el semblante del niño enfermo. Le tocó la frente y la notó fría. Ni siquiera el calor natural. Estaba dormido. Sus ojos permanecieron cerrados. Pero ¿dormía realmente? ¿Era natural aquel frío? ¿Podía no tener importancia aquella palidez?

Le pareció que no respiraba y con mano trémula le buscó el pecho entre las ropitas para ver si funcionaba el corazón.

Mary fijó en aquella carita sus ojos desorbitados.

¿Muerto?

Sí. Estaba muerto.

Una densa palidez, tan densa como la que cubría el rostro del niño, se había extendido sobre el de Mary.

Estaba inmóvil. Parecía una dolorosa labrada en mármol.

Quiso decir algo y de su garganta sólo brotó un sollozo.

Con el niño en brazos comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación.

Las lágrimas iban dejando una estela de dolor en el piso.

—¡Hijo mío, hijo de mi alma!

Ni John ni el criado pudieron oír estas palabras, porque el ruido de los disparos se imponía a los demás y Mary las ahogaba en su garganta.

—¿Qué será de mí ahora, hijo mío? ¿Cómo podrá vivir tu mamá sin ti?

Y paseaba, enloquecida, de un lado a otro de la habitación.

—¡Mary!

Era la voz de John.

Se volvió.

—¿Qué quieres?

—Nuestro criado está herido. Te necesito.

Pero al ver que los ojos de su esposa estaban arrasados en lágrimas, le preguntó:

—¿Qué pasa, Mary?

—Nada.

Instintivamente dirigió una mirada al niño y sus manos se dirigieron a él.

—¡Silencio! No lo toques. Está dormido.

Pero él posó sus dedos en la helada carita.

—¡Qué frío está!

—Es que ya no tiene fiebre.

Pero Mary no pudo seguir disimulando. Era demasiado profundo su dolor para poder ponerle freno. Y se echó a llorar desesperadamente.

El comprendió. Sintió que una angustia infinita se le aferraba a la garganta como si fuera una garra.

Agarrotados por el dolor, permanecieron unos momentos silenciosos, con los ojos clavados en la carita del hijo que el cielo les arrebatava.

Pero reaccionaron muy pronto, al oír que los bandidos intentaban derribar la puerta.

Mary dejó al niño sobre el colchón y dijo con una resolución trágica:

—¡Vamos!

Y cogió la escopeta del criado y ella y su marido comenzaron a disparar contra los que intentaban derribar la puerta.

Huyeron éstos a refugiarse en las proximidades de la casa y Houser lanzó un rugido.

—¡Cobardes! ¿Dejaréis que se escape ese miserable de Carlton?

Peró no, no se escapará.

Y arrastrándose, se deslizó hasta la casa.

Trepó al tejado por la parte trasera. Encontró un tragaluz, lo abrió y vió que John estaba debajo.

Una feroz sonrisa agitó todas las facciones de su terrible semblante.

Dirigió su arma contra Carlton y apoyó el dedo en el gatillo.

Pero no contaba con que Mary, desde la habitación contigua, lo estaba viendo. Y antes de que él pudiera disparar su arma, la desesperada madre le envió un certero balazo que le alcanzó en plena cabeza.

Así fué cómo el terrible Jake Houser murió en manos de una mujer.

Sin embargo, no había salvación posible. Los de la banda eran muchos todavía y ellos solamente dos. Más tarde o más temprano hubieran caído en manos de los bandidos.

Mary y John lo sabían muy bien aunque trataban de disimularlo para animarse mutuamente.

De súbito, gritó la esposa:

—Empieza a arder la casa.

John no contestó. Dejó a un lado la escopeta y abrazó a Mary.

Ella comprendió. Era el último abrazo. Y correspondió a él con todas las fuerzas de su cuerpo y de su alma.

No cruzaron una sola palabra, pero con la mirada se decían adiós.

Y entonces ocurrió algo que los sacó a los dos de aquella actitud de renunciación y de pasividad.

Se oyeron nuevas voces y nuevos disparos. John se acercó a la ventana y pudo comprobar que los bandidos huían.

—Alguien ha venido a ayudarnos, Mary. Estamos salvados.

En efecto, lo estaban. Era el doctor que, cumpliendo su promesa de ayudar a Carlton en las inevitables represalias de los bandidos, había acudido en su auxilio, acompañado de todos los hombres del pueblo.

Mary, llevando en brazos el cuerpo exámine de su hijito y acompañada de su esposo, salió de la casa, cuando ya las llamas empezaban a prender en la fachada.

Muy pronto quedó convertido en una gran hoguera.

Y los esposos Carlton se vieron sumidos en una soledad espantosa. Todo lo habían perdido: el hijito amado, el ganado, la casa.

Y una vez más, John preguntó a Mary:

—¿Quieres volver a Nueva Inglaterra?

—No—repuso ella con energía. Quiero seguir luchando a tu lado.

Y la lucha comenzó otra vez como si acabaran de llegar a la colonia.

Abrieron una tumba para el niño muerto, volvieron a tomar la madera que los bosques les ofrecían en abundancia, las sierras funcionaron de nuevo y otra vez tuvieron casa los Carlton, una casa levantada sobre las ruinas de la primera.

Lucha heroica de dos voluntades animadas por un amor infinito.

Y nació un hijo y nació otro, y nacieron dos más.

El trabajo tenaz y heroico, volvió a verse premiado y aunque muy lentamente, aquellas dos vidas salvaron otra vez a flote.

XIV

—Mamá, ¿eligirán a papá gobernador?

—Creo que sí, hijo mío. Cuenta con las simpatías de todo el pueblo.

—¡Qué tonterías pregunta Robert! ¿Verdad, mamá?

Era Susan, la pequeña Susan, la que había hablado así.

Robert y Susan eran los dos hijos menores con que Dios había premiado el comportamiento de aquel matrimonio ejemplar, en cuyo hogar todo había cambiado. Sus hermanos mayores se llamaban William y Andrey.

Lo que antes era humildad, ahora se había convertido en lujo. La modesta casita había cedido el paso

a un magnífico chalet rodeado de jardín, como el que los padres de Mary poseían en Nueva Inglaterra.

Al mismo tiempo que la colonia se había convertido en ciudad y la comarca en estado poderoso, John había progresado en el campo de la política, hasta el extremo de presentarse como candidato al puesto de gobernador, con la seguridad de que había de ser elegido.

El nombre de Carlton paseaba en grandes carteles por la población.

“¿Quién nos libró de los ladrones de ganado? — rezaba uno de esos carteles—. John Carlton, el candidato del pueblo.”

Por eso el pequeño Robert ha-

bía preguntado a su madre si elegirían a su papá gobernador y por eso a Susan le había parecido que su hermanito decía una tontería.

—Papá podría ser hasta presidente. ¿Verdad, mamá?

—Algún día podría serlo, hija mía—contestó Mary.

Momentos después, llegaba John en coche seguido por una multitud que le aclamaba.

El fiel criado de los días difíciles continuaba al lado de ellos, más como un ser de la familia que como servidor.

Los niños le llamaban tío Sunshine y era el compañero inseparable de John Carlton. Este honroso puesto tenía para Sunshine un gra-

ve inconveniente: el de verse precisado a llevar cuello y corbata.

John tuvo que salir a la terraza para corresponder a las aclamaciones de la muchedumbre.

Mary estaba emocionadísima.

Lo felicitó con los ojos arrasados en lágrimas de alegría.

—Estoy orgullosa de ti, John.

—Te advierto, querida, que todavía no me han elegido. Se han de hacer aún las elecciones.

Y mientras salía a la terraza para saludar a sus correligionarios, Mary le preguntó a Sunshine:

—¿Cree usted que lo elegirán?

—No cabe duda... A menos que Dios disponga lo contrario con un terremoto o algo parecido.

* * *

En casa del futuro gobernador se celebraba una fastuosa fiesta.

Mary, hermosa y llena de majestad y de gracia, recibió a los invitados al lado de John, que llevaba su traje de etiqueta impecablemente, como correspondía a la primera autoridad del Estado.

Desfiló por delante del matrimonio una embajada japonesa y otras muchas personalidades.

De pronto, tanto John como Mary se inmutaron.

Ante ellos acababa de aparecer una dama de grandes ojos y mirada y porte atrevido.

Aquella mujer no debía de ser una desconocida para ninguno de los dos.

Iba acompañada del almirante Davenport y el criado la anunció con el nombre de la señora de Martínez.

Algunas invitadas cuchichearon al verla entrar.

—¡Qué desvergüenza! — exclamó una solterona con cara de vinagre.

—¿Por qué?—preguntó la señora a quien se había dirigido.

—Pero si todo el mundo sabe quién es esa mujer.

—¿Acaso el gobernador y ella... se conocen?

—Y algo más que conocerse, amiga mía.

—Es una vergüenza que se permita actuar libremente a esas mujeres.

—¡Pobre señora de Carlton!

—Hace usted bien en compadecerla, porque es muy digna de lástima.

Entretanto Mary disimulaba su malestar con una sonrisa.

Y cuando la señora de Martínez la saludó, repuso:

—Perdóneme, pero no la recuer-

do o no tengo el gusto de conocerla.

—En efecto, señora de Carlton. Yo tampoco tengo el honor de conocerlos a ustedes. Pero estaba cenando con el almirante y éste me propuso que le acompañara.

—Celebro que haya aceptado.

La dama, con una audacia inaudita, saludó a Carlton y le miró de un modo que le llenó de turbación.

Fué a John muy difícil disimular el desagrado que la presencia de aquella mujer peligrosa le producía.

¿Pretendía ponerle en evidencia ante todo el mundo?

Y desde aquel momento John sólo procuró huir de la señora de Martínez y ella de perseguirlo.

William, el hijo mayor de los Carlton, creyó percibir aquella inquietud y aquel dolor de su madre se empeñaba en disimular.

Y crispó los puños con rabia, al ver que la señora de Martínez aborrecía a su padre.

No. El no podía consentir que su madre sufriera tal humillación en presencia de todos.

Y se acercó a Mary para decirle en un tono un tanto descompuesto:

—Esa es la mujer que vi con papá en San Francisco.

Ni siquiera había tenido la precaución de hablar en voz baja.

Y Mary, que se dió cuenta de que en aquel momento se acercaba el almirante, ordenó a su hijo:

—¡Silencio, William!

Se volvió al almirante.

—Esa dama es una mujer encantadora—dijo con una amable sonrisa.

—Celebro que haya formado ese concepto de la invitada que me he permitido traer por mi cuenta.

Y como el almirante era un hombre austero, Mary se preguntaba cómo habría podido introducir en su casa a aquella mujer.

—Por lo visto son ustedes antiguos amigos—indagó Mary.

—No, señora. La he conocido al llegar a este puerto en mi barco.

—No sabía que llevara usted algún tiempo aquí.

—He llegado hoy mismo, señora.

Luego sólo hacía unas horas que conocía a la señora de Martínez.

Ahora comprendió Mary cómo había podido llevarla a su casa.

¿De qué astucias no se habría valido aquella audaz mujer para convencer al almirante?

Una vez más la vida ponía a prueba la entereza de ánimo de Mary.

XV

La señora de Martínez había conseguido al fin encontrarse con John.

Y como la música había empezado a sonar, le preguntó:

—¿Baila usted?

—No—repuso Carlton en voz baja y sonriendo para disimular a los ojos de la gente.

—Sí. Usted desea bailar conmigo.

Y se acercó a Carlton hasta unir su cuerpo al de él al mismo tiempo que colocaba sus brazos en la posición adecuada a bailar.

John comprendió que llamaría menos la atención acatando la exigencia que negándose de nuevo, y enlazó el talle de la dama, que sonreía triunfalmente.

Entretanto, William se había acercado a su madre.

Quería distraerla, aliviar aquel dolor que él estaba seguro inundaba su alma.

—¿Vamos a bailar, mamá? —preguntó al empezar la música.

—No. Acostumbro bailar el primer baile con tu pa...

Pero no terminó la frase porque en aquel preciso momento vió cómo John enlazaba por el talle a la señora de Martínez.

Y rectificó:

—Vamos a bailar, hijo mío. ¿Con quién mejor que contigo puedo bailar?

Madre e hijo empezaron a evolucionar por el salón.

William no quitaba ojo a la señora de Martínez. Había comprendido el cambio repentino de su madre. Sabía que la culpable de todo era aquella mujer.

Poco a poco, la dama de los hermosos y cínicos ojos, había ido llevando a John hacia la terraza.

Y cuando ya estaban junto a la puerta, lo obligó a salir.

—¿Verdad que he tenido una buena idea, John?—preguntó después de comprobar que estaban solos.

—Creo, por el contrario, que has cometido una estupidez.

—¿Por qué? Nadie sospecha.

—Sospechan todos.

—Es que necesito hablar contigo.

—Podías haber elegido otra ocasión.

—No te enfades, monín. ¿No comprendes que tu Lolita no podía estar más tiempo sin verte?

—Bueno —dijo John impaciente—. Ahora ya me has visto. Permíteme que te acompañe al coche.

—¿Marcharme tan pronto? Ya que he venido me quedaré.

—¡Por Dios, Lolita! ¡Me estás comprometiendo!

Y como esa conversación se prolongaba, William dijo resueltamente a su madre:

—Sin duda, prefieres bailar con papá. Voy a buscarlo.

Y como hiciera ademán de marcharse, Mary le detuvo.

—¿Tendrías valor de dejarme plantada, William? ¿Es que prefieres bailar con cualquiera de tus lindas amiguitas?

—No, mamá —repuso William en una explosión de ternura—. Tú eres más hermosa que todas ellas juntas.

Y siguieron bailando. Pero a William le costaba Dios y ayuda llevar adelante aquella farsa.

Como su padre no volvía al salón, dijo sin poder contenerse:

—Vamos un momento a la terraza, mamá.

—No.

—Pues déjame ir a mí.

—De ningún modo, William. ¿Lo oyes? ¡De ningún modo! Quédate bailando con tu hermana y no salgas para nada del salón.

—Está bien, mamá —acató William rindiéndose a la obediencia que debía a su madre.

Y mientras William y Andrey

bailaban, Mary se retiró a sus habitaciones, donde dejó que su infan-

nito dolor se deshiciere en lágrimas.

XVI

Llorando estaba cuando oyó pasos en la puerta.

Alzó la vista y su asombro no tuvo límites al ver que ante ella estaba la señora de Martínez, nombre con que ocultaba al de Lolita.

—Perdone usted que la moleste —dijo ésta—, pero es preciso que hable con usted.

Mary sonrió amargamente.

—Si ha venido usted para atormentarme —declaró— lo ha conseguido.

—Lo siento, pero necesito decirle que amo a su esposo.

Mary la miró incrédulamente.

—No, usted no puede quererlo. Si lo amara, le habría evitado esta humillación.

—Me aconsejaron mal. Comprendo que no debí haber venido, pero puedo asegurarle que nos queremos.

—¿Que él la quiere?

—Sí.

—Eso lo creo menos aun. Comprendo que usted le guste porque es joven y bonita, pero de eso a quererla... Conozco bien a mi esposo.

El tono de seguridad en que Mary hablaba exasperó a Lolita.

—¡Soy yo la que conozco a John

Carlton!—exclamó—. Y sé que me quiere como yo le quiero a él. Por algo desea casarse conmigo.

—¿Que él desea casarse con usted?—preguntó Mary llena de estupor.

—¡Claro que sí! Y si no se casa es porque usted no quiere divorciarse.

Aumentó la estupefacción de Mary.

—¿De modo que mi esposo ha dicho que quiere casarse con usted y que el único obstáculo soy yo?

—Eso mismo.

Mary sonrió por no llorar.

—Entonces váyase usted tranquila. Le aseguro que mi esposo no permanecerá a mi lado contra su voluntad.

En este momento entró Carlton en la habitación y dirigió a Lolita una mirada amenazadora.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó.

Pero ella, en vez de contestarle, dijo con pérfida alegría:

—Ella no se opone, John. Está dispuesta a divorciarse.

—¿A divorciarse? — exclamó Carlton aterrado—. ¿A divorciarse de mí para que yo pueda casarme contigo?

—Sí.

—¿Es eso verdad, Mary?

Pero Mary, en vez de contestar, prorrumpió en sollozos.

Entonces John se encaró con Lolita y le dijo amenazadoramente:

—¿A qué has venido? ¿Qué mentiras le has contado?

—Le dije que me quieres y deseas casarte conmigo. ¿Es eso una mentira?

—¡Claro que lo es!

—Hablas así porque está tu esposa delante.

—Estoy dispuesto a jurarlo ante Dios.

Mary envolvía a John en una mirada llena de ternura. Acababa de darle una prueba de que la amaba como el primer día en que se casaron. Había bastado una lágrima de ella para que despreciara y detestara a una mujer joven y bonita.

En cambio, la falsa señora de Martínez echaba fuego por los ojos.

—¿Sabes a lo que te expones con este desplante?—exclamó amenazadoramente.

—Usted y yo señora, no tenemos nada que hablar.

—No olvides que tengo cartas tuyas, cartas que si se publicaran...

—Nada me importa con tal de que se vaya usted de aquí.

—Está bien—repuso Lolita con una sonrisa siniestra—. Te envuelve-

ré en el escándalo. Hundiré tu carrera y tu vida.

Y se marchó.

Mary y John quedaron solos.

XVII

Una pausa de unos segundos, pero que a los dos pareció larguísima.

—¿Tienes algo que decirme, Mary?—preguntó al fin Carlton con un tono de emoción y arrepentimiento.

—Sí, John. Quiero que me lo cuentes todo.

—¿Acerca de ella?

—Con ésa ya hemos terminado—declaró Mary con la mayor naturalidad—. Quiero que me hables de las otras.

John la miró estupefacto.

—¿De las otras?

—Sí.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Hay siempre gente que goza con la murmuración. Por otra parte, las mujeres tenemos un instinto especial para averiguar ciertas cosas. ¿Qué hay de aquélla que conocimos a bordo?

John bajó la cabeza avergonzado.

—Aquello fué una tontería, Mary. Te juro que no me importaba

un comino. Ya ves que no te oculto nada, Mary. Te lo he contado todo.

—¿Todo?

—Sí.

—Me parece que aun te queda algo por contar.

—¿Algo? No sé a qué puedes referirte.

—Haz memoria.

Y Carlton, después de recordar, volvió a sentir que el rubor teñía sus mejillas.

—A no ser que te refieras a aquella bailarina que conocí en Nueva York. No puedo decirte quién es porque no la conoces.

—¿No se llamaba Cora Standish?

—Sí, así se llamaba. ¿Cómo lo sabes?

—Entonces estaba contigo en Nueva York.

John sufría una extraña angustia. El calor y el frío le invadían alternativamente en oleadas.

—¡Oh, Mary!—exclamó con sincera pesadumbre—. Tú no me podrás comprender. Pero yo te juro que... No, no puedes comprenderme...

—¿Acaso quieres decirme—pre-

guntó Mary con aquella encantadora y desconcertante naturalidad—que no dejaste de amarme ni siquiera cuando me eras infiel?

Alzó John los ojos con una expresión de profunda alegría al verse comprendido.

Y Mary continuó:

—¿Quieres decirme que aquellas mujeres no te interesaban, y que sólo eran para ti un mero pasatiempo?

—¡Sí, Mary, sí!

—¿Quieres decirme que yo soy la única mujer que has querido en el mundo?

—¡Eso es, Mary! ¡Qué suerte que me hayas comprendido!

—Eso lo he sabido siempre, John.

—¿Siempre?

—Sí. De lo contrario, no lo habría podido soportar.

—¿Por qué?

—Porque te amo demasiado.

—¿Me amas todavía?

—Sí.

—¡Gracias, Mary, gracias!

Y apoyó su cabeza en el pecho de Mary.

Ella lo acarició con ternura.

—Lo único que siento—dijo—es que en él se verán envueltos nuestros hijos.

* * *

Y vino el escándalo.

Los periódicos anunciaban con grandes titulares:

“John Carlton envuelto en un escándalo.”

Y después:

“La señora de Carlton apoya a su esposo.”

Nuevo ejemplo de amor abnegado y sublime que se tradujo en otra noticia publicada días después por los mismos periódicos.

“John Carlton es elegido gobernador.”

Y pasó el tiempo. La cabeza de los grandes luchadores se cubrió de hebras de plata.

Otra noticia en la Prensa:

“John Carlton rehusa ser reelegido gobernador. El veterano hombre público se retira de la vida activa después de treinta años de éxitos. Y se va a vivir al campo, muy lejos de la capital.”

Esta última noticia fué la más sensacional.

Al retirarse Carlton a la vida pri-

vada, en busca de un descanso que se reconocía unánimemente como bien merecido, todos creían perder algo muy propio y muy amado.

Pero a los que la noticia produjo verdadero estupor, fué a los hijos de Carlton.

Todos estaban ya hechos unos hombres.

Hasta el menor de ellos, Robert, era ya mayor de edad.

Poco después de salir a luz los periódicos de la noche que daban la noticia, los cuatro hermanos, cada uno por un lado, habían acudido a casa de sus padres.

Y ninguno de los cuatro pudo pasar de la puerta de la habitación de los amados viejos, porque ésta estaba cerrada.

Es que John, adivinando el motivo de aquellas visitas, rehuía toda conversación con sus hijos. Habrían podido convencerle y él estaba empeñado en llevar a cabo sus planes.

XVIII

William había sido el primero en llegar.

Y conforme entraban sus hermanos les iba explicando que el matrimonio se había encerrado en su alcoba y se negaba terminantemente a dejarse ver.

—¡Eso es absurdo! ¿Qué le habrá pasado a papá para tomar una determinación tan repentina y extraña?

Cada uno llevaba en la mano un periódico y hacía sus cábalas y comentarios.

—Sin duda se han cansado de nosotros—opinó Susan.

—Eso es evidente—declaró Robert.

—Quieren abandonarnos.

—Pero tú no lo consentirás, ¿verdad, William?

—¿He de ser yo?

—Por algo eres el hermano mayor.

—Lo evidente es que para marcharse tendrán que pasar por aquí.

—¿Por qué?

—Porque aquí tienen el equipaje.

Y William mostró unas maletas que nadie hasta entonces había visto.

—¡Pues si han de pasar por aquí, no se marcharán!

—¡Claro que no!

—No consentiremos que nos abandonen.

—¡Como si no fuéramos ya hijos suyos!

Hubo una pausa. William preguntó:

S E C R E T O S

—¿Sabéis lo que debemos hacer?

—¿Qué?

—Llamarlos y *parlamentar* con ellos, aunque sea a través de la puerta cerrada.

—¡Eso es!

—Está muy bien pensado.

Pero no necesitaron llamar muy fuerte porque John y Mary estaban detrás de la puerta, escuchando aquella interesante conversación.

—¿Qué queréis de nosotros?—inquirió John.

—¡Que salgáis! Queremos veros. Necesitamos hablarlos.

—¡Es inútil! No saldremos de aquí—repuso John con energía.

—¿Por qué se empeñará papá en dejarnos?—exclamó Robert.

—Y si al menos se fuera solo. Pero no: ha de llevarse a mamá—deploró Andrey.

—Es un egoísta — comentó la hermana menor—. La pobre mamá siempre ha sido una esclava de él.

—Es una esclavitud que me ha hecho feliz, hija mía—dijo la voz de Mary al otro lado de la puerta.

—¡Vaya un gusto!

—¿Queréis hacer el favor de salir?—preguntó William.

—¡No, no y no!—repuso John resueltamente.

Entonces Robert se abrió paso entre sus hermanos y gritó:

—¡Pues no saldréis de aquí! No podemos consentirlo.

Mary y John se miraron.

—Ahora son ellos los que nos mandan—dijo ella.

—Sí, ahora somos nosotros los niños y ellos los padres que ordenan.

—Tendremos que acostarnos a las nueve—comentó Mary con ironía.

—Y yo sólo me podré fumar dos cigarrillos al día.

—Y no podremos ir al teatro.

—Ni beber, ni salir cuando llueve.

Y John se echó a reír.

—¿Sabes lo que se me ocurre, Mary?

—¿Qué?

—Que tus padres eran terribles, pero que tus hijos han resultado peores.

Oyeron la voz de Susan, dulce y suplicante:

—¿Pero por qué queréis dejarnos?

Y John, enojado por tanta insistencia, repuso:

—¡Porque ya estamos hartos de vosotros!

Un gran silencio siguió a estas palabras.

Pero en seguida rectificó Mary:

—No hagáis caso a vuestro padre, hijos míos. Dice lo que no siente. Os queremos como siempre os hemos querido.

—Entonces, ¿por qué os marcháis?

—Porque queremos pasar solos nuestros últimos días. Vosotros ya podéis vivir por vuestra cuenta. Os hemos dado todo cuanto podíais apetecer. Ahora queremos dedicarnos a nosotros mismos.

—No comprendo, mamá.

—Lo esperaba. Ninguno de vosotros podéis comprenderlo. En cambio, yo comprendo perfectamente todas vuestras cosas.

—Pero ¿para qué queréis estar solos?

—Porque tenemos que contaros muchas cosas.

—¿Vosotros?

—Sí, hijos míos. Tenemos muchos secretos que descubrirnos, muchas confidencias que cambiar.

—¿Secretos?

—Sí. Todo matrimonio tiene sus secretos, secretos que sólo el mari-

do y la mujer conocen y que con ellos se van a la tumba. Unos son tristes, otros alegres, unos dulces y otros amargos. Pero todos son como un tesoro que es grato examinar y remover de vez en cuando, en la intimidad más absoluta, lejos incluso de los seres más amados.

Callaron.

John dijo por señas a Mary que le siguiera.

Y por la puerta trasera, salieron al jardín.

Allí encontraron un automóvil. No era de ellos, sino del mayordomo, pero les vino que ni pintado.

Subieron en el coche y los dos muy juntitos, John asido al volante y Mary asida a John, huyeron a través de la noche, a lo largo de la oscura carretera.

—¡Qué casualidad! — comentó John—. ¡Haber encontrado este auto a la puerta!

—No ha sido casualidad.

—¿No?

—No. Lo he mandado preparar yo para nuestra fuga.

John se echó a reír de buena gana.

—¡Oh, Mary! No debí haberme casado contigo hace cincuenta años.

—¿Por qué?—preguntó ella mirándole extrañada.

—Porque entonces no eras tan inteligente ni bonita como ahora. Debí haber esperado.

Se echaron a reír los dos.

El auto seguía avanzando por los caminos oscuros, a través de la noche, llevando en su interior a aquellos dos seres que, después de cincuenta años de matrimonio, tenían aún muchas cosas que decirse.

F I N

Próximos números:

LA PRODUCCIÓN NACIONAL DE GRAN ÉXITO

Una morena y una rubia

— y —

La feria de la vida

por JANET GAYNOR

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre
El gran desfile.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar.
La princesa que supo amar.
El coche número 13.
Sin familia.
Mare Nostrum.
Naná, el hombre que se vendió.
Cobra.
El fin de Montecarlo.
Vida bohemia.
Zaza.
¡Adiós, juventud!
El judío errante.
La mujer desnuda.
La tía Ramona.
Casanova.
Hotel imperial.
Don Juan, el burlador de Sevilla.
Noche nupcial.
El séptimo cielo.
Beau Geste.
Los vencedores del fuego.
La mariposa de oro.
Ben-Hur.
El demonio y la carne.
La castellana del Líbano.
La tierra de todos.
Tripoli.
El rey de reyes.
La ciudad castigada.
Sangre y arena.
Agallas triunfantes.
El sargento Malacara.
El capitán Sorrell.
El jardín del edén.
La princesa mártir.
Ramona.
Dos amantes.
El príncipe estudiante.
Ana Karenine.
El destino de la carne.
La mujer divina.
Alas.
Cuatro hijos.
El carnaval de Venecia.
El ángel de la calle.
La última cita.
El enemigo.
Amantes.
La bailarina de la Opera.
Moulin Rouge.
Ben Ali.
Los cuatro diablos.
¡Ríe, payaso, ríe!
Volga, Volga.
La sinfonía patética.
Un cierto muchacho.
¡Nostalgia!
La ruta de Singapore.
La actriz.
Mister Wu.
Renacer.
El despertar.
La melodía del amor.
Las tres pasiones.
Cristina, la Holandesa.
¡Viva Madrid, que es mi pueblo!
Sombras blancas.
La copla andaluza.
Los cosacos.
Icaros.
El conde de Montecristo.
La mujer ligera.

Virgenes modernas.
El pagano de Tahiti.
Estrellas dichosas.
La senda del 98.
Esto es el cielo.
Españismo.
Evangeline.
Orquídeas salvajes.
El caballero.
Egoismo.
La máscara del diablo.
El pan nuestro de cada día.
Vieja hidalguía.
Posesión.
Tentación.
La pecadora.
El beso.
Ella se va a la guerra.
Los hijos de nadie.
El pescador de perlas.
Santa Isabel de Ceres.
Las dos huérfanas.
La canción de la estepa.
El precio de un beso.
La rapsodia del recuerdo.
Delikatessen.
Del mismo barro.
Estrellados.
Cuatro de infantería.
Olimpia.
Monsieur Sans-Gêne.
Sombras de gloria.
Mamba.
Ladrón de amor.
Molly (la gran parada).
El valiente.
¡De frente... marchen!
Prim.
El presidio.
Romance.
El gran charco.
Tempestad.
El dios del mar.
Anne Christie.
Sevilla de mis amores.
Horizontes nuevos.
Ben-Hur (edición popular).
La incorregible.
El malo.
El pavo real.
Bajo los techos de París.
Wu-li-chang.
Montecarlo.
Camino del infierno.
¡Mío será!
¡Aleluya!
La mujer que amamos.
Alcompás de 3/4.
La princesa se enamora.
Amanecer de amor.
El gran desfile (edición popular).
Du Barry, mujer de pasión.
La viuda alegre (edición popular).
Ángeles del infierno.
Cuerpo y alma.
El impostor.
Esposas a medias.
Esclavas de la moda.
Petit Café.
Hay que casar al príncipe.
Inspiración.
El proceso de Mary Dugan.
En cada puerto un amor.

Marruecos.
¿Conoces a tu mujer?
El millón.
La mujer X.
Gente alegre.
Mar de fondo.
La llama agrada.
La ley del naren.
La fruta amarga.
Vidas truncadas.
La fiera del mar.
Tabú.
El pasado acusa.
Papa piernas largas.
Trader Horn.
Un yanqui en la corte del rey Arturo.
El código penal.
La pura verdad.
Maternidad, o el derecho a la vida (fuera de serie).
Carbón (La tragedia de la mina).
Exaudiánima.
Las peripecias de Skippy.
¡Qué viudita!
El camino de la vida.
Noches de Viena.
Mamá.
Eran trece.
Cheri-Bibi.
Bésame otra vez.
Camarotes de lujo.
Los hijos de la calle.
La divorciada.
Madame Satán.
¿Cuándo te suicidas?
Marianita.
El carnet amarillo.
Honrarás a tu madre.
Su última noche.
Las alegres chicas de Viena.
¡Viva la libertad!
Malvalda.
El teniente del amor.
Deliciosa.
Cielo robado.
Amargo idilio.
Honor entre amantes.
Para alcanzar la luna.
El hombre que asesinó.
¡Ríndase!
La calle.
El prófugo.
Milicia de paz.
Amores de medianoche.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar (edición popular).
La hermana San Sulpicio.
El demonio y la carne (edición popular).
La dama misteriosa.
Los claveles de la Virgen.
Pereja de baile.
Alma libre.
Al Capone (Pánico en Chicago).
Mi último amor.
Muchachas de uniforme.
Marido y mujer.
Mata-Hari.
Hay que casar al príncipe (fuera de serie).
Carceleras.
Erase una vez un vals.
Hombres en mi vida.
Niebla.

Rebeca.
Indeseable.
Tarzan de los monos.
El terror del hampa.
La vuelta al mundo por Douglas Fairbanks.
Chica bien.
Recien casados.
Champ (El campeón).
La zarpa del jaguar.
Los amores de José Mojica (fuera de serie).
El caballero de la noche.
Arsene Lupin.
La dama del 13.
Amor en venta.
El pecado de Madellón.
Claudet.
La casa de los muertos.
Titanes del cielo.
El proceso Dreyfus.
La vida de un gran artista.
El último varón sobre la Tierra.
Fantomas.
Violetas imperiales.
Soy un fugitivo.
Teresita.
La película de las estrellas.
Grand Hotel (fuera de serie).
Hollywood al desnudo.
Sangre roja.
El doctor X.
Emma.
Primavera en otoño.
El hijo del destino.
Ella o ninguna.
El enemigo en la sangre.
El azul del cielo.
El monstruo de la ciudad.
El hombre que se reía del amor.
Susan Lenox.
Mercado de mujeres.
Manos culpables.
La princesa se divierte.
La mano asesina.
El rey de los gitanos.
El sargento X.
Los seis misteriosos.
Esta edad moderna.
La novia de Escocia.
Besos al pasar.
El mayor amor.
El expreso fantasma.
Al despertar.
El robo de la Monna Lisa.
La edad de amar.
Salvada.
Divorcio por amor.
Corazones sin rumbo.
Corazones valientes.
Irusta - Fugazot - Demare (fuera de serie).
Los tres mosqueteros (Los Herretes de la reina).
Milady (2.ª parte de Los tres mosqueteros).
Esclavitud.
La calle 42.
Las dos huérfanas.
Cabalgata.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

COLECCIONE USTED EL NUEVO ÉXITO DE Ediciones BISTAGNE LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDÚ (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.
EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.
NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Liane Haid y Gustav Froehlich.
LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.
¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.
PÁJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.
LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebuhr, etc.
UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.
DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.
EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.
RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.
ABISMOS DE PASION, por Jean Harlow y Walter Byron.
LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakelield, etc.
EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.

EL HOMBRE QUE VOLVIO, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, etc.
SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, etc.
EL BAILE, por André Lefaur, Germaine Dermoz, etc.
MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.
AVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lil Dagover, etc.
ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, etc.
ESTA NOCHE O NUNCA, por Gloria Swanson, Melwyn Douglas, etc.
EL PAÑUELO INDIO, por Cathleen Nesbitt, Emilyn Williams, etc.
EL HOMBRE DEL ANTIFAZ BLANCO, por Renée Gadd, etc.
LA PRINCESA DEL «5-10», por Marion Davies, Leslie Howard, etc.
ALMAS TORTURADAS, por Evelyn Brent, Conrad Nagel, etc.
ENTRE DOS CORAZONES, por Douglas Fairbanks, Jr., Rose Hobart, etc.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías en papel couché. Precio: 50 céntimos

COLECCION USTED EL NUEVO ACIERTO DE
 Ediciones BISTAGNE
 EXITOS CINEMATOGRAFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.
 LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Krigitte Helm.
 AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Bárbara Stanwyck.
 UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians, Hans Stowe, etc.
 UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.
 JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon.
 PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.
 PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
 BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.
 LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.
 EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.
 CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.
 CONDENADO, por Ronald Colman.
 MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Mary Glory y René Lefebvre.
 ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.
 EL DORADO OESTE, por George O'Brien.
 ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett y Ben Lyon.

LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron y Seena Owen.
 SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthelmess, Mae Marsh, etc.
 TRAS LA MASCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.
 TRES RUBIAS, por Ina Claire, Madge Evans, Joan Blondell, etc.
 ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy, etc.
 AGUILAS HUMANAS, por Liane Haid, etc.
 DESILUSION, por Helen Twelvetrees, Eric Linden, Arline Judge, Cliff Edwards, etc.
 LA CUEVA DE LOS BANDIDOS, por George O'Brien, Maureen O'Sullivan, etc.
 NADA MAS QUE UN GIGOLO, por William Haines, Irene Purcel, María Alba, etc.
 LOS HIJOS DE LOS «GANGSTERS», por Boris Karloff, Leo Carrillo, etc.
 LA DAMA AZUL, por Joseline Gael, André Baugé, etc.
 AMOR PELIGROSO, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
 EL PARAISO DEL MAL, por Ronald Colman.
 CARAS FALSAS, por Lowell Sherman, etc.
 PROHIBIDO, por Conchita Montenegro, etc.
 POLLY, LA CHICA DEL CIRCO, por Marion Davies y Clark Gable.
 VIDAS INTIMAS, por Norma Shearer.
 HACIA LA LUZ, por Marilyn Miller, etc.
 SUERTE DE MARINO, por Sally Eilers.
 LA PELIRROJA, por Jean Harlow.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías
 en papel couché. :: Precio: 50 céntimos

E. B.

Precio: Una peseta